

EL SECRETO DE PARÍS

NATASHA LESTER

Traducción: Graciela Rapaport



Para Audrey, la heroína de cabello oscuro de mi vida. Eres infinita. Espero que lo creas siempre.

PRÓLOGO

París, 12 de febrero de 1947

EN UNA GRAN MANSIÓN DE LA AVENIDA MONTAIGNE 30, están vistiendo a Margaux Jourdan con una chaqueta de seda salvaje color marfil tipo péplum con hombreras y una falda plisada de lana negra. La falda llega, escandalosamente, hasta la mitad de la pantorrilla: tanto derroche de tela para un mundo que acaba de salir del racionamiento. Le ajustan un collar de perlas alrededor del cuello y, como toque final, le ponen un sombrero de ala ancha y guantes negros. Aun después de los ultrajes de la guerra, las manos femeninas son demasiado deslumbrantes y hay que vestirlas.

Madame Raymonde hace girar a Margaux como si fuera la bailarina de una cajita de música y mueve la cabeza en señal, de satisfecha aprobación. Indica con el brazo que Margaux debe atravesar la puerta de la *cabine* y entrar en el salón.

Así, el legendario traje *Bar* de Dior se presenta, en el cuerpo de Margaux, ante un mundo desprevenido.

En el gran salón, una multitud de parisinos elegantes —Jean Cocteau, Michel de Brunhoff de *Vogue* y Marie-Louise Bousquet de *Harper's Bazaar*— están sentados uno junto a otro, casi sin espacio para respirar. Muchos están de pie, apoyados en las paredes, otros se amontonan en la escalera,

tanta fue la demanda de entradas para este espectáculo; hasta hubo especuladores que se las vendieron al público entusiasta más caras que la mantequilla en el mercado negro.

El salón luce su tenue paleta de gris perla y blanco con la sutileza de una cremallera invisible. Tanto las sillas Luis XVI como los marcos dorados de los cuadros, coronados con lazos, y los candelabros de la *belle époque* parecen declarar que el tiempo se detuvo y que mejor será prestar atención. El susurro de los abanicos desplegados parece un aplauso prematuro, y en el aire hay aroma a perfume, Gauloises y expectativa. En todos los rincones se eriza la piel.

Mientras Margaux se desliza por el salón, escucha suspiros ahogados, ve cabezas que se inclinan hacia delante y manos que se crispan como si quisieran rozar las curvas de su traje. Completa la vuelta y atraviesa la cortina de satén gris, detrás de la que espera, de pie, Christian Dior, el hombre que cose con puntadas mágicas, el que diseña vestidos que trascienden la moda. Dentro de ochenta años, cuando alguien pregunte el nombre de un modisto, ese será el primero en ser pronunciado. Pero eso aún está por venir.

Christian le regala una sonrisa a Margaux. El desfile continúa. Nadie tiene que decir que es extraordinario; es algo sabido sin necesidad de pronunciar palabras.

El final es, naturalmente, un vestido de novia. Margaux se queda inmóvil mientras la visten. Después, vuelve a entrar en el salón, y la inspiración colectiva es tan violenta que consume casi todo el oxígeno del lugar. Porque parece que Margaux lleva puesta una rosa blanca florecida, en plenitud, cortada en su momento de perfección más auténtica. O, al menos, esa es la ilusión que crea con la falda voluminosa: una opulencia —no, una prodigalidad— de seda que se ensancha como el optimismo que la rodea, antes de ceñirse en la cintura de tan solo cincuenta centímetros, un requisito para cualquier modelo de Christian Dior.

Por supuesto, ninguno de los espectadores sabe que Margaux debe esa cintura a años de privaciones, que es un legado de la época en la que un vestido así hubiera sido tan impactante como ver el sol a medianoche. Pero no le hace bien a nadie recordar lo que no se puede deshacer, así que ella se concentra en sus pies y camina con tanta lentitud que el público comprende que lo que está viendo es extraordinario, pero también con tanta rapidez que se retira demasiado pronto, y deja una estela de anhelos detrás, como una sombra.

Casi no hay sitio entre todas esas personas para la falda magnífica del vestido y por eso roza uno de los ceniceros con forma de columna blanca y alta. Nadie, salvo Margaux, advierte la ceniza que se vuelca en el suelo. Nadie advierte tampoco que fuera hay diez grados bajo cero y que París ha atravesado tiritando un invierno de posguerra con racionamiento de electricidad y escasez de carbón. El vestido de Christian tiene el poder de borrar.

Cuando sale del salón, el aplauso es tan atronador que podría despertar a los muertos. Pero Margaux sabe que nada podrá, nunca, despertar a sus muertos.

Las modelos vuelven al salón y se disponen en línea. Christian —o Tian, como lo conocen Margaux y algunos pocos elegidos— se inclina y acepta sus felicitaciones.

Escoge a Margaux, que todavía lleva puesto el vestido a pesar de que nunca será novia, acerca la mano de ella a sus labios y la besa.

—*Magnifique*— dice.

La hermana de Christian, Catherine Dior, besa a Margaux en las dos mejillas.

—Estuviste *magnifique, chérie*.

Carmel Snow, de la estadounidense *Harper's Bazaar*, se adelanta. Las puntas de sus dedos se deslizan extasiadas sobre la seda de la falda que lleva Margaux.

—Querido Christian —dice—, tus vestidos son el *new look*.

Y Margaux sabe, como si de pronto pudiera adivinar el futuro, que así se va a hablar de la colección de Christian a partir de ahora. Un nuevo *look*, para un nuevo mundo. Un mundo en el que, de ahora en adelante, la muerte, la pérdida y la congoja se convertirán en emociones silenciadas y ya no serán esa crudeza que desgarrar la piel todo el tiempo. Ya no serán una manera de vivir, como lo fueron durante estos últimos años de guerra. El New Look será el amnésico perfecto para una generación que sobrevivió a la guerra y no quiere recordar nada de ella.

Margaux es la única que recuerda. Skye y Liberty y Nicholas y O'Farrell ya no están, por algún motivo u otro. Nunca va a volver a pronunciar esos nombres delante de nadie. Nadie quiere oír los nombres de las víctimas. Así como nadie quiere entender que la cintura de Margaux es minúscula porque ella también es una víctima.

Catherine enlaza su brazo con el de Margaux.

—Vamos, *chérie*. Levantemos una copa de champán por... —duda—. ¿El futuro?

Esa palabra va a estar siempre entre signos de interrogación. Así que Margaux no brinda por el futuro. En cambio, levanta su copa por todos ellos: por ella misma, por Catherine, Skye, Liberty, Nicholas y O'Farrell. Al hacerlo, siente que los espíritus se reúnen a su alrededor y dicen una plegaria con ella, como lo hacen todas las noches en sus sueños. Pero, así como no hubo nada que pudiera hacer la última vez que vio a cada uno de ellos, no hay nada que pueda hacer por ellos ahora. Salvo beber champán, sonreír y entrar, con su New Look, en ese terrible nuevo mundo que no llega a comprender.